

ÉTICA, GLOBALIZACIÓN Y MIGRACIONES: LAS PARADOJAS DEL UNIVERSALISMO REALMENTE EXISTENTE

GABRIEL BELLO REGUERA: *Emigración y ética. Humanizar y deshumanizar*, Madrid, Plaza y Valdés, 2011, 341 pp.

En el reciente libro de Gabriel Bello se congregan un conjunto de aportaciones ético-políticas que culminan una trayectoria de investigación de casi dos décadas presididas en lo teórico por la ética de la alteridad, cuya referencia máxima es el pensamiento de E. Levinas, y en lo práctico por la dedicación a la constelación ligada a la multiculturalidad, a la emergencia del neorracismo y al papel protagonista de las migraciones. Estos temas, creo, representan en España puntos ciegos, o casi ciegos, para las políticas progresistas, para las políticas preocupadas con la justicia social y la igualdad, que hoy están en franco retroceso. Uno de los méritos de este libro es, en consecuencia, llamar la atención sobre el auge de la xenofobia y el racismo y sobre el carácter discriminador y excluyente de las políticas migratorias para que viejas situaciones vividas en Europa no lleguen a repetirse como augura el auge de la ultraderecha y la contaminación que sus retóricas provocan en los discursos políticos de todo el espectro electoral europeo, especialmente, del socialdemócrata. El gran tema hoy de la derecha —más que infectada por su sector ultra— para postularse como opción elegida por la ciudadanía europea es el llamado «control de la inmigración», coartada perfecta para incrementar los controles, la vigilancia e incluso la militarización de las fronteras, para reducir la política a mera política de seguridad¹.

Gabriel Bello en torno a mediados de los noventa va a iniciar un periplo en

el que el neopragmatismo de Richard Rorty será, si no abandonado, si relativizado como referencia teórica central para abordar la constelación de problemas suscitados por las éticas y políticas del reconocimiento —Ch. Taylor, I. M. Young, A. Honneth, N. Fraser, W. Kymlicka son algunos de los pensadores señalados—, articulando un proyecto de investigación continuado en torno a las categorías éticas y políticas de identidad, diferencias y alteridad. En 1997 se le otorgó el Premio Jovellanos de Ensayo por *La construcción ética del otro*. A este libro se sumarán una década después *El valor de los otros. Más allá de la violencia intercultural* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2006) y *Postcolonialismo, emigración y alteridad* (Granada, Comares, 2007). En estos dos títulos emergerá con fuerza la atención a lo que el autor va a llamar la «vulnerabilidad migratoria». Esta temática sitúa a nuestro autor no como un espectador imparcial de los fenómenos sociales concomitantes a este asunto, sino como un lúcido analista e intérprete del curso de múltiples acontecimientos, tales como la crisis migratoria de los cayucos en nuestras costas canarias —muchos de nosotros tomamos conciencia así de nuestra condición africana y fronteriza—, sino también de las articulaciones de los «discursos del miedo»² generados fundamentalmente por los medios de comunicación y nuestra clase política, una clase más bien falta de ilustración moral que propuso hasta la intervención de la Armada para defender nuestras costas de la «invasión». Un repaso por la hemeroteca confirmará los excesos a los que se llegaron.

Gabriel Bello atiende así, también, a un claro déficit de la ética aplicada, y no sólo de la hispanohablante, ya que los textos dedicados a la ética de las migraciones son escasos y la atención al fenómeno se ha nutrido de los enfoques de la filosofía del derecho —enfaticando el papel de los derechos humanos— y de la filosofía política —en torno al concepto de ciudadanía—, así como de una ciencia social no siempre suficientemente crítica que, en ocasiones, se conforma con el recurso al descriptivismo y no enfrenta los retos normativos y axiológicos que una ciencia social crítica tendría que enfrentar.

Pues bien, Bello afronta lo que voy a llamar la cuestión normativa y la cuestión axiológica en el análisis ético-político de las migraciones. Lo relativo a restricción de derechos y ciudadanía, veremos, está fundamentado en la infravaloración de los otros y otras migrantes, por lo tanto, existe una retroalimentación entre estos planos que arruina la proclama humanista y universalista dejándola en mera retórica. Sus aportes han tenido eco en revistas sensibles al debate público en torno a este asunto como *Claves de la Razón Práctica* y, en Canarias, en *Cuadernos del Ateneo de La Laguna*. En la organización del libro nos hablará de *Marcos* (básicamente de análisis, en el que destaca el referente de la ética de la alteridad) y *Fronteras* (en el que se dirime no sólo lo relativo a las de la Fortaleza Europa y a nuestra autoconciencia periférica y liminar, sino, también, la crítica al universalismo y al humanismo por servir de tapaderas hipócritas y cínicas al servicio de la exclusión); *Valoraciones* (en donde se enfrenta la infravaloración y sobrevaloración identitaria al hilo de la antropología normativa del etnocentrismo a la vez que se analizan las estrategias, por ejemplo, de deshumanización de Oriente, y de demonización de Occi-

dente) y, finalmente, una sección titulada *Futuros* en la que se discute fundamentalmente de las buenas intenciones neocosmopolitas impulsadas por el fenómeno migratorio y del hecho de que tales buenas intenciones se estampen contra «el muro del capital».

Voy ahora a presentar tan sólo algunas vetas del trabajo de Gabriel Bello en torno a la cuestión normativa que me señalará el campo de los derechos humanos y de la ciudadanía, y, posteriormente, haré lo mismo con la cuestión axiológica en la que se juegan, entre otras, las estrategias de demonización y deshumanización.

La cuestión normativa

¿Humanidad *de facto* es igual a ciudadanía? Bello saca consecuencias de esta igualación que supone que los derechos de los individuos están sólo en realidad protegidos por aquellos Estados nacionales que los reconocen como ciudadanos, como miembros de una comunidad política. El Estado-nación debe, además, funcionar, esto es, no ser identificado con lo que hoy se llaman Estados fallidos. Se hurga, pues, a este respecto, en la llaga que detectara Hannah Arendt tras la Segunda Guerra Mundial al considerar el carácter general y abstracto de unos derechos humanos que no protege y salvaguarda nadie y que saltaban a la palestra de la mano de los apátridas y refugiados.

Hoy, más de medio siglo después, tal brecha es igualmente notable con respecto a inmigrantes «ilegalizados», refugiados y desplazados por diversas causas —violencia, deterioro o catástrofe ambiental o pobreza y falta de oportunidades vitales—. Pero es aún más lacerante puesto que ocurre enmarcado en un proceso de globalización en donde capitales y mercancías surcan aire, mar y tierra sin fronteras y sin obstáculos mientras que

los llamados «recursos humanos» quedan coagulados en las fronteras políticas. Bello atiende al caso Europa en el que hoy vivimos un momento especialmente álgido de tensiones. Frente a la lógica supranacional de la (des)regulación económica y al mandato global de los mercados, las migraciones operan «renacionalizaciones» —véase lo ocurrido recientemente en Ventimiglia, entre Francia e Italia, a propósito del incremento de los refugiados tunecinos—, expulsiones de los más antiguos europeos que se conozcan —los gitanos rumanos o romaneses, en Francia—, amén de servir de excusa a una militarización tecnificada llamada Frontex o a políticas neocoloniales que, a cambio de ayuda al desarrollo, truecan el ser responsables del control de sus poblaciones para que no inicien la odisea migratoria —el pacto Berlusconi-Gadafi ha quedado a la luz últimamente, pero no hay que olvidar el que el gobierno Zapatero ha suscrito con Senegal y Mauritania—. Asimismo, el autor se hará eco de la «franqueza» de la Ley anti-inmigración suscrita en Arizona en la que la detención racial de los mexicanos y latinos se hacía procedimiento ordinario, rizando el rizo de la criminalización de la inmigración.

Marcos y Fronteras, ambas secciones, nos señalan la inadecuación tanto de nuestros enfoques analíticos de la cuestión como lo que podríamos llamar la obsolescencia de unas demarcaciones territoriales, que operan sobre todo en los aeropuertos y que recurren materialmente a las vallas y a los muros. Todo ello atiza, como dice Bello, la desconfianza y el miedo que crea una nueva modulación del apartheid referido al extranjero o al otro, al otro culturalmente extraño. Este miedo y esta desconfianza son el combustible de las políticas de la ultraderecha europea, que llega hasta el confín de Finlandia, basadas en las premisas neorracis-

tas y en la hipocresía del no querer reconocer la necesidad que las economías europeas tienen de los y las que vienen de fuera. Sólo por poner un ejemplo, desde la perspectiva de género, el envejecimiento de la población europea genera una amenaza de tormenta, así lo dice la economista Amaia Pérez Orozco, una tormenta en torno a los cuidados, antes privatizados en el hogar y privativos de las «tareas» femeninas, y nunca socializados en los términos del Estado del Bienestar. Las mujeres foráneas cubren estas necesidades en lo que ahora se teoriza y describe como las cadenas globales de cuidado, como la globalización de un cuidado sexualizado y racializado.

Frente a la respuesta timorata de la desagregación de derechos —sociales, políticos, civiles— para los extranjeros, residentes y otras categorizaciones, parece urgente expandir el paraguas de la ciudadanía protectora a la vez que nos invitamos a repensar y a recrear las comunidades políticas como multi-interculturales y/o como desterritorializadas y deslocalizadas. Dejemos, no obstante, para más tarde el tema del neocosmopolitismo y sus quizás vanas esperanzas.

La cuestión axiológica

La anteriormente referida restricción de derechos, por ejemplo, en la forma de campos de internamiento, la denegación de la reagrupación familiar, o la deportación está puesta sobre la mesa, esa deshumanización de baja intensidad, para diferenciarla de la vocación exterminadora —Bello analiza los casos históricamente recientes de los genocidios bosnio y tutsi al tratar de la demonización consecuente de serbios y hutus— se fundamenta, no obstante, en juicios axiológicos sobre las identidades y las diferencias.

Bello nos refiere como Oriente y Occidente son demarcaciones, no sólo míticas, sino asimétricamente mitificadas. La deshumanización de Oriente, en la línea trazada por E. Said, se alimenta de los actuales discursos mediáticos acerca del terrorismo y el islamismo fundamentalista. Utiliza especialmente la vestimenta de unas pocas mujeres inmigrantes para estigmatizar la cultura y la religión de los otros. Nada se dice de que la mayoría de las mujeres migrantes se adhieren a un modo de vida igualitario y no dudan en romper con sus comunidades de origen. Cabe resaltar, como guinda del pastel, la enorme sorpresa que se han llevado, que nos hemos llevado todos en Occidente, a causa de las liberales revoluciones de Egipto y Túnez, ahora de Yemén, Libia y Siria, teñidas desgraciadamente de sangre, cuando la democracia y las libertades son las vindicaciones que señalan a los corruptos tiranos tan complacientes con los intereses norteamericanos y europeos.

Al abordar Bello las *valoraciones*, la cuestión axiológica, se encadena a la denuncia de un universalismo traicionero y traicionado, cómplice de sus usos y abusos bastardos, usurpadores. Se apunta aquí al descrédito de un humanismo que, autocontradictoriamente, es excluyente y segregador al albergar una antropología normativa etnocéntrica, sexista y heterosexista. De la mano de la inspiración de la última Judith Butler, levinasiana ella misma en *Vida precaria* y *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*³, se plantea la cuestión del valor diferencial de las vidas, de qué vidas deben ser lloradas y cuáles son entregadas al entierro del olvido sordo. La sobrevaloración de la identidad occidental, imperial, podríamos decir, genera violencia. Una violencia, fáctica, reglamentada y/o simbólica que se ceba con la vulnerabilidad migratoria de los que osan venir a vivir con

nosotros. El sistema demanda «trabajadores/as champiñón», que no tengan vínculos familiares, ni lealtades culturales o religiosas, ni querencias, meros recursos humanos. Deshumaniza al venido de fuera fundamentando su desprotección en cuanto a derechos, su limitadas oportunidades, con la falaz coartada de su infravaloración, de la consideración negativizadora de su diferencia.

La ética de la alteridad se troca en hilo de Ariadna en el laberinto migratorio de significados y significantes que desbroza Gabriel Bello. Tras la clara denuncia de las estrategias excluyentes y segregadoras de la xenofobia y el neorracismo se delinea la tarea de pensar, a partir del presente, el futuro, las vías posibles.

*Futuros: el debate en torno al
neocosmopolitismo*

Si algunos, como E. Vitale hablan de la posibilidad, de la deseabilidad, de una revolución migratoria global, Bello, aferrado al principio de realidad, como anticipábamos, nos hace toparnos con el «gran muro del capital». Desde hace unos años algunos somos conscientes de que el marco de la justicia social, que ha pretendido barrer de escena el neoliberalismo —labor esta que continúa con los famosos recortes de recortes a los que obligan los mercados para nuestro país y la periferia europea—, es imprescindible para el abordaje realista de las migraciones. La mayor parte de las migraciones está motivada por la pobreza y por la falta de oportunidades. La conexión entre ausencia de «desarrollo» y migraciones es una conjunción sólida que pugna por encontrar un lugar en los discursos de la justicia global o en las teorizaciones de las escalas de la justicia.

La obturación de los llamados «flujos migratorios» es una incoherencia

soberana de la misma globalización que en su parcialidad asimétrica selecciona y deja pasar los que S. Castles llama los flujos buenos y pone taponés a los flujos malos⁴. Capitales —o deudas e hipotecas empaquetadas como productos financieros derivados—, mercancías, informaciones así como los valores occidentales de la sociedad de consumo son, literalmente, sin fronteras. Los ciudadanos del norte, ya sea como turistas, ingenieros o ejecutivos, hemos hecho de la movilidad un valor señero de la globalización. Del lado indeseado y estigmatizado aparecen los trabajadores y trabajadoras no cualificados y los valores no occidentales, sus diferencias culturales, étnicas o religiosas. La criminalización se ceba con estos últimos. El «delito» consiste en no estar donde supuestamente se debiera, en su propia «casita». El derecho a la libertad de movimientos, un derecho tan, tan liberal, uno de los que enseñoreó Europa en su aventura colonial genocida, vive tiempos sombríos para los desheredados de la Tierra. Se desconoce culpablemente la condición migrante de la humanidad⁵; así la denomina Antonio Campillo.

Las migraciones alientan y radicalizan las paradojas de la injusta globalización neoliberal. Entre ellas voy a señalar dos. En primer lugar, tales paradojas, tales tensiones, nos señalan la necesidad de plantear quizás un nuevo pacto keynesiano global haciendo, por ejemplo y entre otras medidas, que las transacciones de capitales paguen una insignificante tasa Tobin. Nos plantean la necesidad de universalizar de facto los derechos económicos y sociales para que entren en el núcleo duro de los derechos humanos. En suma, nos ponen ante la necesidad de arbitrar, con medidas concretas, la justicia global y desarbolar el injusto orden institucional económico que domina el planeta. En segundo lugar, nos indican

que debemos repensar el alcance y la amplitud de la comunidad política. El régimen cosmopolita o neocosmopolita exige democracia, una democracia que requerirá de su ajuste a un multidimensional modelo de escalas de la justicia —local, nacional, supranacional (europeo o andino, pero, por qué no, mediterráneo), global—. Requiere que la política gobierne a la economía mundial y no al revés como ahora es el caso.

Gabriel Bello desconfía de la entraña mítica de los neo-cosmopolitas, un nutrido grupo de gentes con buenas intenciones, pero habitados por esperanzas vanas. El caso es que el neocosmopolitismo no pone el cascabel al gato, al gato del capital global que sigue generando asimetrías en cuanto a derechos y valoraciones. Pero, además, no tiene la fuerza autocrítica para revelar las hipocresías y artimañas cívicas que hacen que convivan las proclamas universalistas y humanistas con los tan conocidos dobles raseos de medir.

Desde mi punto de vista, recuperar el marco de la justicia social y radicalizar el paradigma de los derechos humanos para que incorpore con garantías los derechos económicos y sociales es imprescindible para desbrozar los inciertos futuros en los que la xenofobia y el racismo son alentados por los defensores del gran capital, por los *think-tanks* del neoliberalismo. La subida de la ultraderecha, y de los Sarkozys, Berlusconi y Cameron, no augura nada bueno en una Europa que cada vez se vive como más provinciana —entonando los insolidarios sonos del nacionalismo— y menos cosmopolita. El debate ético y político —amén del debate teórico— en torno a las migraciones en la era de la globalización está servido.

María José Guerra
Universidad de La Laguna